

# LA ESCATOLOGÍA EN EL RITUAL DE EXEQUIAS DE PABLO VI

PERE FARNÉS

## PRESENTACIÓN

En el contexto en el que se desarrolla el XXII Simposio Internacional sobre *Escatología y vida cristiana* y más concretamente en la temática de su tercer día consagrado a reflexionar sobre *la vida eterna*, nos ha parecido especialmente sugestivo fijar nuestra atención en una de las afirmaciones del Vaticano II referente al entonces proyecto de reforma del Ritual de exequias —quizá sería más exacto decir proyecto de *restauración* de dicho Ritual— en vistas a devolver a esta celebración su expresividad más radicalmente cristiana. Nos referimos concretamente al apartado 81 de la Constitución *Sacr. Conc.* en el que se determina que *el rito de las exequias debe expresar más claramente el carácter pascual de la muerte cristiana.*

Nuestro propósito fundamental es subrayar la presencia, importancia y significado de los salmos 113 y 117 en el rito exequial. Estos dos salmos, que nos atrevemos a calificarlos de *mayores* en el Ritual de exequias tanto por su significado como por su antigüedad, debidamente subrayados, están llamados a dar —o restituir— a la celebración de la muerte cristiana aquella fisonomía pascual que para las exequias deseaba el Vaticano II en el texto que acabamos de citar.

Para lograr mejor nuestro propósito enmarcaremos nuestra exposición en seis breves apartados introductorios: 1) visión de la muerte en la Iglesia antigua; 2) los ritos exequiales cristianos primitivos; 3) los más antiguos rituales latinos de las exequias que han llegado a nosotros; 4) las exequias a partir de los ss. XII-XIII; 5) el sentido pascual de la muerte en *Sacrosanctum Concilium*; 6) el sentido pascual de la muerte en el ritual de Pablo VI.

## 1. VISIÓN DE LA MUERTE EN LA IGLESIA ANTIGUA

El hombre casi siempre se ha interrogado sobre el misterio de la muerte (¿serán los hombres de nuestra generación los primeros en des-

preocuparse de esta realidad?) Su inquietud se ha expresado a través de ritos y monumentos funerarios, de leyendas y de descripciones poéticas. Ya en los orígenes de nuestra literatura occidental hallamos dos relatos, puestos bajo el patrocinio de Homero, que describen el descenso del hombre al país de los muertos. Más adelante nacerá la popular leyenda del purgatorio de S. Patricio, luego será Dante quien desarrollará su gran genio literario a través precisamente de esta temática. Y semejantemente encontramos en cada uno de los pueblos y etnias variedad de documentos que nos atestiguan el interés de las diversas generaciones por los difuntos y por los ritos funerarios.

Nadie puede ciertamente impedir a los poetas que sueñen ni la Iglesia ha pretendido imponer silencio a sus imaginaciones. Pero la liturgia eclesial se ha guardado muy bien de incorporar estos sueños y visiones entre sus ritos y plegarias. La Revelación cristiana es otra cosa y la liturgia cristiana se mueve en otro contexto. Nada de este tipo se contiene consiguientemente en la plegaria litúrgica ni ninguno de estos elementos, ajenos a la fe cristiana, han sido asumidos entre los ritos o plegarias cristianas de la muerte.

Los cristianos frente a la muerte de sus fieles, distinguieron casi desde los orígenes, dos clases de muertos: los mártires y los difuntos comunes. Los primeros se miraron como quienes habían concluido su camino con un glorioso combate, los asemejaron a Cristo por el testimonio de su sangre; y por ello muy pronto fueron objeto de culto. A los segundos se los vio siguiendo el camino común a todos los mortales y, muy pronto, empezó a rogar por ellos, o mejor dicho, continuó la plegaria que se había iniciado durante su agonía (es significativo a este respecto de continuidad en la plegaria que cuando más tarde aparecen los primeros rituales exequiales, los ritos de las exequias figuran siempre junto y a continuación de las oraciones por los agonizantes, formando como una única celebración)<sup>1</sup>.

## 2. LOS RITOS EXEQUIALES CRISTIANOS PRIMITIVOS

Poco sabemos de los ritos exequiales cristianos primitivos. El testimonio más antiguo de lo que podemos llamar un rito exequial lo encontramos en el apologeta Arístides († ca. 140). En su testimonio no se trata aún ciertamente de un *Ritual de exequias* sino sólo de una simple alusión a los ritos exequiales. Esta alusión, con todo, no deja

1. Los ritos de los moribundos y del entierro llevan con frecuencia el significativo título *Quando quis ingreditur in viam universae carnis* (cfr. v. gr. E. MARTÈNE, *De antiquis Ecclesiae Ritibus*, II, col. 1082, edit. anast. Hildesheim 1967).

de ser interesante: en su brevedad describe un gesto interesante y el significado del mismo: los cuerpos de los cristianos difuntos se llevan a enterrar en un contexto alegre, y el cuerpo del hermano es llevado a su lugar de reposo en una procesión, ambientada de una alegre esperanza. La procesión, la alegría y la esperanza rememoran, cada una a su manera, el tránsito o pascua del cristiano que *pasa* de este mundo a Dios. He aquí el texto de Arístides:

Si un justo entre ellos (los cristianos) pasa de este mundo, se alegran y dan gracias a Dios y acompañan el cadáver, como si emigrase de un lugar a otro (XIV, 2; cfr. RUIZ BUENO, *Padres Apologistas Griegos*, BAC, Madrid 1954, p. 145).

### 3. LOS MÁS ANTIGUOS RITUALES LATINOS DE EXEQUIAS QUE SE CONOCEN

Como acostumbra acontecer con referencia a casi todas las celebraciones cristianas los primeros testimonios más o menos estructurados de la celebración de la muerte cristiana que han llegado hasta nosotros son únicamente conocidos a partir del siglo VII<sup>2</sup>.

Según estos antiguos testimonios los ritos exequiales propiamente dichos aparecen habitualmente formando como una sola celebración con la oración por el moribundo. Lo más común es que esta celebración empiece leyendo al moribundo los relatos de la pasión del Señor (sobretudo según el texto de San Juan, el más pascual de los evangelistas). Con esta lectura se quiere unir la muerte del cristiano a la muerte (a la pascua) de Cristo. Luego figura el Viático que se da al moribundo en el momento que se juzga ya más cercano al momento de expirar. Esta comunión aparece en muchísimos de los textos encabezada con una significativa rúbrica: *ut viderint eum ad exitum propinquantem, communicandus est de sacrificio, etiamsi comedisset ipso die, quia communio erit ei defensor et adiutor in resurrectione iustorum. Ipsa enim resuscabit eum*. Con redactados más o menos diversos casi siempre aparecen también dos detalles: que el moribundo debe comulgar aunque no esté en ayunas y que la eucaristía prepara al moribundo a la futura resurrección. Un claro indicio, por tanto, de como los fieles contemplan la muerte del cristiano muy estrechamente unida a la pascua de Cristo.

Tan pronto el moribundo ha expirado, acostumbra aparecer el canto *Subvenite* y el salmo pascual 113 a los que más tarde se añaden en muchos rituales las invocaciones (que más tarde pasarán a ser la céle-

2. Lo mismo acontece, como es sabido, con los Sacramentarios.

bre *Commendatio animae* convertida de plegaria por el recién fallecido en oración de preparación inmediata a la muerte). Entre las preces se encuentra la admirable despedida del hermano que deja este mundo, *Procifiscere anima de hoc mundo*, y la conocida letanía *Libera, Domine, animam servi tui* en la que se van enumerando las grandes salvaciones realizadas por Dios en la historia santa que son como el prototipo y anuncio de la muerte liberadora de la esclavitud egipciaca que describe el salmo que acaba de gustar el recién fallecido. La finalidad de todo este conjunto de preces es pedir a Dios que los ángeles y los santos lleven al difunto (posteriormente al moribundo) al paraíso y que Cristo, rodeado de sus ángeles y santos lo acoja y lo introduzca en su reino, la definitiva tierra de promisión. Es precisamente esta llegada al paraíso a lo que se quiere aludir con la imagen de la llegada de Israel a la Canaán que se ha recitado en el momento que sigue a la muerte.

Un texto muy expresivo y que completa el fuerte sentido pascual de la muerte a la que alude la recitación del primitivo salmo pascual 113 es la bellísima oración *Suscipe, Domine, animam famuli tui revertentem ad te de Aegypto* que aparece en algunos Sacramentarios por lo menos a partir del s. XI y que probablemente fue la conclusión u oración sálmica del citado salmo la más antigua y constante fórmula exequial que conocemos. Esta oración, que no ha sido incluida en la edición típica latina del Ritual de exequias de Pablo VI, algún tanto modificada y completada con otro expresivo texto también medieval, se ha añadido felizmente en la segunda edición española del ritual de exequias<sup>3</sup>. Vale la pena reproducir este texto tanto por su gran expresividad escatológica-pascual como por cuanto en su primera parte (la que es versión de la plegaria *Suscipe, Domine*) comenta el sentido pascual del salmo 113 al que consagramos esta comunicación:

Recibe, Señor, a tu siervo  
que, salido del Egipto de este mundo,  
llega ahora a tu presencia;  
que los santos ángeles salgan a su encuentro  
y lo introduzcan en la verdadera tierra de promisión;  
reconócelo, Señor, como criatura tuya, llena de alegría su alma  
y no te acuerdes más de sus culpas pasadas,  
pues aunque haya pecado,  
jamás negó ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo,  
antes bien fue celoso de su honra y te adoró fielmente a ti,  
Creador del cielo y de la tierra.

3. Resulta extraño que esta oración se halla omitido en las ediciones catalana y gallega editadas después del decreto de aprobación que la incluye *para uso de todas las diócesis de España* (cfr. CD, Prot. 684 / 87).

En una remarcable ponencia de Bernardo Botte en la XXI Semana de Estudios Litúrgicos de San Sergio (1974) el sabio benedictino hace un recuento de las palabras con las que se alude en los rituales más antiguos al paso del cristiano de este mundo al reino: estas palabras son: paraíso, descanso eterno, lugar de la luz y de la paz, lugar del refrigerio, Jerusalén celestial. Todo un panorama de como la muerte cristiana tuvo un rostro muy distinto a la visión negativa de los paganos e incluso de las primeras etapas de la fe de Israel y que luego no se perdió pero ciertamente se debilitó con la incorporación de cantos de significado bastante menos luminoso y menos pascual. En el trasfondo de las exequias ha perseverado el anuncio de Jesucristo *yo soy la resurrección y la vida, quien cree en mí no morirá para siempre* (Jn 11, 25-26) y de la fidelidad a la exhortación de Pablo: *en cuanto a los difuntos, no os entristezcáis como los que no tienen esperanza*. Los fieles expresan su convicción de que, al conocimiento imperfecto y oscuro de la fe vivido en este mundo, sucede la visión clara, cara a cara (1C 13, 12) de Dios, tal como es Él (1 Jn 3, 2). Todo un cuadro de la escatología en el que las lágrimas, la nostalgia e incluso una cierta tristeza no faltan (algunos textos se refieren a las vestiduras oscuras de los acompañantes pero lo que prima es la paz y la esperanza). Pero esta visión cristiana y esperanzada de la muerte posteriormente queda algún tanto recubierta por elementos menos optimistas y menos pascuales que «no responden tan bien a la naturaleza íntima de la liturgia» (Sac. Conc., 21) de las exequias.

#### 4. LAS EXEQUIAS A PARTIR DE LOS SS. XII-XIII

A partir de los siglos XII-XIII<sup>4</sup> los ritos litúrgicos de las exequias sufren un cambio innegable y no siempre fácil de explicar<sup>5</sup>. A la visión de paz de los primeros textos se sobrepone cada vez con más fuerza una visión llena de temor y centrada en los aspectos más negativos de la muerte. No es posible aquí describir este período pero sí que quisiéramos decir que, por una parte persevera la visión cristiana primitiva de

4. Esta es la época precisamente en la que nace la gran teología con sus grandes e innegables valores de reflexión sobre los datos de la Revelación pero también con la deficiencia de que se apoya más en la filosofía que en la *historia salutis*; seguramente el alejamiento de la Escritura leída *en sí misma* (no únicamente para probar verdades con algunas de sus frases) por una parte y la no comprensión del latín por otra influyeron en que se desvalorizara la imagen bíblica de la muerte como aparece en los salmos pascuales y se fuera substituyendo el contexto cristiano de paz y de tránsito por los acentos más comunes de la muerte (dolor, penitencia, temor, etc.) tal como empiezan a aparecer en los rituales posteriores.

5. Cfr. B. BOTTE, *Les plus anciennes formules de prière pour les morts*, en *La maladie et la mort du chrétien dans la liturgie*, Edizioni liturgiche, Roma 1975, pp. 98-99.

la muerte sobre todo en algunos cantos<sup>6</sup> pero a ella se *sobrepone* (sin omitir casi nunca lo anterior) una presentación de la misma mucho más trágica y negativa. Este cambio está quizá más en la importancia y solemnidad que se da a los elementos añadidos que en el número de las piezas (sobre todo cantos) nuevos. Por los difuntos se continúa cantando el *Subvenite, In paradisum*, pero muchas de las antífonas e incluso la selección de salmos nuevos se subrayan mucho más que los antiguos. Un simple ejemplo del cambio: el responso final *Libera me, Domine* que en el caso de las exequias de un obispo llegan a presentar la imagen dantesca de un juicio del difunto. Cinco obispos tocados con la mitra se sientan alrededor del cadáver y presiden cada uno de ellos sucesivamente un responso, llamando *Absolutio* implorando con palabras llenas de terror la absolución y el perdón para el difunto.

##### 5. EL SENTIDO PASCUAL DE LA MUERTE EN *SACROSANCTUM CONCILIUM*

Como hemos dicho al principio el Vaticano II quiso *retornar* a las exequias cristianas el *carácter pascual* (*Sacr. Conc.*, 81) que había perdido en la Baja Edad Media. La muerte no es ciertamente aún la victoria total (como hemos visto la Iglesia antigua esta victoria lo celebraba únicamente en la muerte de sus mártires). La muerte de los cristianos comunes se contempla en la esperanza de la pascua de Cristo, no aún en la realización plena por parte del difunto. Por ello para los difuntos comunes la Iglesia usa aún vestiduras oscuras (negras o por lo menos moradas). La Iglesia contempla la muerte como participación en el misterio pascual de Jesucristo, pero este misterio tiene tres facetas: los sufrimientos de la cruz, la paz de la sepultura y la victoria de la resurrección. Los ritos litúrgicos de las exequias se sitúan sobretodo en la segunda etapa: la paz del sepulcro de Cristo, paz que corona el camino de sufrimientos de la vida, también de la vida de los cristianos, y abre la esperanza en la victoria de la resurrección. Si el Concilio quiso, como hemos visto, que en las exequias cristianas se manifestara el carácter *pascual*, no puede reducirse este carácter pascual a la sola resurrección; la pascua incluye tres facetas e incluye la muerte (con sus sufrimientos), la sepultura (con la esperanza de la participación en el triunfo del Señor) y la realidad misma de la victoria final. Hacer del

6. Podrían citarse sobre todo *In paradisum, Chorus angelorum* y, aunque no sea propiamente exequial (no figura en los antiguos *Ordines* de exequias ni nada en este canto aluda a la muerte como pascua o tránsito) sino simplemente del común de la liturgia funeraria, también merece citarse el bello introito *Réquiem aeternam*.

rito exequial una especie de copia de la alegría del domingo de la resurrección, además de ser incompleto (la resurrección no es el misterio pascual sino únicamente la última de las tres etapas). Por otra parte sería casi inhumano hacer de las exequias una explosión de alegría y victoria ante quienes, humanamente tristes y llorosos por la separación, quieren alimentar su esperanza con los ritos exequiales. La Iglesia, pues, no puede acompañarlos con expresiones excesivamente alegres. Debe exhortarles a la manera como lo hacía el apóstol: «No queremos que estéis tristes, *como los que no tienen esperanza*. Tristes sí, pues la muerte os ha arrancado de vuestro lado al que amabais; tristes *sin esperanza*, no, porque el difunto está llamado a la resurrección futura». El Concilio quiso que sus fieles en las exequias vivieran el tránsito completo, la pascua con sus tres facetas que llevan de la tristeza a la esperanza.

## 6. EL SENTIDO PASCUAL DE LA MUERTE EN EL RITUAL DE PABLO VI

El Ritual de exequias que brotó del mandato del Vaticano II a través de la reforma litúrgica ha querido ser fiel al mandato que le propusieron los Padres conciliares. Este Ritual empieza con este precioso y expresivo texto que vale la pena subrayar y que contiene todo un programa celebrativo del cómo se deben presentar y organizar las exequias del cristiano:

La Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el *misterio pascual*, para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, *pasen* también con Él a la vida eterna, primero con el alma, que tendrá que purificarse para *entrar en el cielo* con los santos y elegidos, después con el cuerpo, que deberá *aguardar la bienaventurada esperanza* del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos.

Por tanto, la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de la *Pascua de Cristo*, y reza y celebra sufragios por ellos, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, éstos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, para los demás, *el consuelo de la esperanza*.

En el interior del mismo Ritual los textos y detalles que subrayan el sentido pascual de la celebración y con su presencia dan al rito un nuevo rostro son numerosos. Más arriba hemos citado ya la reincorporación (en la edición española) de la antigua y expresiva colecta *Suscipe, Domine*; en este mismo sentido podríamos citar la presencia y la iluminación del cirio pascual junto al féretro con su bella fórmula. Pero ir siguiendo todos y cada uno de los elementos que realizan el voto del Concilio de que las exequias *expresaran con mayor claridad el*

*carácter pascual de la muerte cristiana* superaría el espacio de una simple Comunicación. Nos vamos a limitar, pues, a un único aspecto, que no es ciertamente el de menor importancia: la recuperación de los dos salmos exequiales más antiguos y seguramente más expresivos del rito exequial: el 113 y el 117, recuperación realizada en la letra del nuevo Ritual, pero quizá no aún suficientemente recibida por los responsables de las comunidades cristianas.

## 7. PRESENCIA DE LOS SALMOS 113 Y 117 EN LA CELEBRACIÓN DE LAS EXEQUIAS CRISTIANAS

En la breve pero substanciosa presentación de la segunda edición del Ritual de exequias para las diócesis de España el entonces presidente de la Conferencia Episcopal de Liturgia, Cardenal Marcelo González, dice:

En la nueva edición del Ritual se ha revalorizado especialmente la presencia en las exequias de los salmos 113 y 117 que son, sin duda, los textos sálmicos *mayores* de la celebración de la muerte cristiana y los que dan a esta celebración *su más claro sentido pascual*.

Y, para justificar este subrayado que aparece en la segunda edición española<sup>7</sup>, añade la siguiente nota histórica:

Estos dos salmos constituyeron, ya desde los orígenes, el núcleo de la celebración exequial pero dejaron de usarse, en casi todas partes, en los ss. XIII-XIV; aunque en España se conservaron, como los cantos típicos del entierro, por lo menos hasta el s. XVI.

En efecto, el salmo 113 figura tanto en los *Ordines* exequiales como en los Sacramentarios más antiguos que han llegado hasta nosotros. D. Sicard en su documentada obra *La liturgie de la mort dans l'Église latine des origines à la réforme carolingienne* (Münster 1978), connota la presencia de este salmo en cinco por lo menos de los ocho más antiguos rituales de exequias<sup>8</sup>. Además este salmo aparece casi siempre

7. En todos y cada uno de los esquemas celebrativos de la nueva edición, figuran siempre, a la manera de *Ordinario* del rito exequial, el salmo 113 al inicio y el 117 al final de la celebración. La edición catalana ha omitido el importante y primitivo salmo 113 al inicio de la celebración que precisamente en algunas diócesis catalanas se conservó hasta mitades del s. XX.

8. Decimos cinco *por lo menos* porque en algunos ms. se alude a que, después de expirar se recita *un salmo* sin especificar cuál sea éste; por analogía con los rituales que conocemos es muy probable que este salmo sea el tradicional 113.



como el primero de los textos a recitar *inmediatamente después de la muerte*, por lo que en cierta manera aparece como el salmo más típico en la celebración de la muerte cristiana. Los cinco rituales que cita SICCARD son (los citamos con las siglas de dicho autor): *Ph* Sacramentario de Berlín (Berol ms. lat 105) s. VIII; *O* (*Ottobonianus latinus* 312) s. XI; *S* (Subiaco 163) s. X; *K* (Catedral de Colonia, ms. 123) s. X; *Lé* (Oxford Bodl. ms. 579 (s. X).

El sentido exequial de este salmo queda aún más subrayado y evidenciado si se añade que en algunos rituales, como hemos visto, al salmo se le añade (quizá algo más tarde) la oración sálmica *Suscipe, Domine, animam famuli tui revertentem ad te de Aegypto* que lee la salida pascual de Israel de la esclavitud de Egipto y su entrada en la tierra de promisión como figura y profecía de la muerte cristiana.

El salmo 117 lo encontramos también en 4 de los más antiguos rituales citados por SICCARD (*O, Lo, K, y Rh*) y en el *Ordo Romanus 49*<sup>9</sup>. Posteriormente la presencia de este salmo en las exequias se hace muy frecuente<sup>10</sup>, aunque con una ubicación no uniforme: en algunos Rituales aparece al final de la misa en la procesión al cementerio, en otros durante la procesión de la casa a la iglesia o al entrar el cuerpo en la iglesia. Casi siempre se subraya; como antifona, el versículo *Aperite mihi portas iustitiae*<sup>11</sup> y en algunos ms. la ant. *Non moriar sed vivam veces*. El uso quizá que arraiga más en los rituales posteriores es el de cantarlo mientras se da tierra al cadáver.

## 8. SIGNIFICADO PASCUAL-EXEQUIAL DEL SALMO 113

Literalmente el salmo 113 se refiere y describe la pascua de Israel: Egipto, el mar Rojo (el mar, símbolo de la muerte) queda vencido y Pascua aparece como *paso* de la esclavitud a la libertad. En razón de su significado pascual los judíos usan este salmo como parte del Gran Halell en la noche pascual.

Litúrgicamente para el pueblo cristiano el salmo 113 es uno de los salmos dominicales y pascuales: la Iglesia ve en este texto el *paso* de la muerte a la vida, de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios.

Muchos son las expresiones del salmo que, aplicadas a la pascua o tránsito definitivo del cristiano en su muerte, realizan muy sugestiva-

9. Cfr. M. ANDRIEU, *Les Ordines Romani du Haut Moyen Âge*, IV, p. 530.

10. P. SICCARD da fe de haber encontrado este salmo en el Ritual de exequias de unos 80 ms. (*o.c.*, p. 225).

11. Alusión al gesto de *entrar*, sea a la iglesia, sea al cementerio como figura en ambos casos del reino de Dios.

mente el voto del Vaticano II de que las exequias expresaran con mayor claridad el sentido pascual de la muerte cristiana (cfr. *Sacr. Conc.* 81).

*Cuando Israel salió de Egipto*: la vida del hombre tiene sus bienes y delicias en este mundo visible (las cebollas del rico Egipto) y con frecuencia los fieles ante la muerte añoran estos bienes; pero con todo son bienes que esclavizan al hombre... La muerte ha sido, a pesar de su negrura y a pesar de que haya privado al hermano de no pocos bienes, una verdadera liberación. La muerte ha sido, como glosa la antigua oración *Suscipe, Domine*, una verdadera salida del Egipto esclavizador de este mundo y una llegada pascual a la presencia de Dios, a la verdadera tierra de promisión.

*Judá fue su santuario*: mirada retrospectiva a la Iglesia terrena que ya ha abandonado el difunto. El primer mundo ya ha pasado para él. Durante la vida terrena tuvo en la Iglesia peregrina (*convocación* del pueblo cristiano) su único y verdadero templo; ahora, llegado al templo definitivo, al reino de Dios, a la nueva Jerusalén, a la asamblea gloriosa de los santos iluminados por la presencia visible del Cordero.

*El mar al verlos, huyó... ¿qué te pasa, mar que huyes...:* el mar, que engulle incluso las grandes y aparentemente invencibles naves, símbolo de las fuerzas del mal que lucharon contra el hermano que ha dejado este mundo, ha huido definitivamente para él. *De mar*, dice el vidente de Patmos, en la Jerusalén de arriba en la que ha penetrado el difunto, *no vi ninguno* (Ap 21, 1).

*El Señor transforma las peñas en estanque, el pedernal en manantiales de agua viva*: si hubieron penas y sufrimientos durante la peregrinación, si para seguir el camino cristiano fue necesario tomar la cruz, *el primer mundo*, el de los sufrimientos y tentaciones, *ha desaparecido ya* (Ap 21, 1) y ahora en el reino donde esperamos halla entrada, todo es regado por *un río de agua viva, luciente como el cristal* (Ap 22, 1).

Con los acentos pascales de este salmo se iniciaba —y de nuevo se inicia según la nueva edición del Ritual— la despedida del hermano cristiano en el rito de sus exequias.

## 9. SIGNIFICADO PASCUAL-EXEQUIAL DEL SALMO 117

Como el salmo 113 del inicio de las exequias, así el salmo 117 es en Israel un salmo pascual que forma parte del Gran Halell recitado al final de la cena pascual. Originariamente fue el canto de acción de gracias de un individuo importante —probablemente un rey— que después de una difícil y peligrosa batalla —*me rodeaban cerrando el cerco, ardiendo como fuego en las zarzas, empujaban y empujaban para derribarme*— venció al enemigo —*hay cantos de victoria, el Señor me ayudó*— y acude al templo para dar gracias a su Dios.

En el Nuevo Testamento este salmo se aplica a Jesucristo y más concretamente a su triunfo pascual (Mt 21, 42; Hch 4, 11). En la liturgia cristiana es un canto dominical y pascual. Todos los domingos<sup>12</sup>, en efecto y con mucha frecuencia en las misas dominicales y feriales de la cincuentena pascual se recurre a este texto como salmo responsorial. Cristo aparece como cabeza de la humanidad renovada y, en su nombre, da gracias al Padre por el triunfo sobre sus enemigos, la muerte y el pecado. Precisamente en razón de esta victoria sobre la muerte el salmo 117 es especialmente apto para expresar el sentido pascual de las exequias cristianas. Por ello, aunque seguramente algo más tarde que el salmo 113, pronto se incorpora a la celebración de la muerte cristiana en no pocos rituales aunque, a diferencia del salmo 113 que siempre aparece inmediatamente después de la muerte, el 117 ocupa en el ritual diversos lugares como hemos visto (procesión de la casa a la iglesia, ingreso en la iglesia, procesión de la iglesia al cementerio, momento del sepelio del cadáver).

Veamos cómo algunas de las expresiones de este salmo se prestan magníficamente para que la celebración de la muerte del cristiano logre expresar aquel sentido pascual que el Vaticano II deseaba para las exequias (cfr. Sac. Conc., 81).

*Todos los pueblos me rodeaban cerrando el cerco y empujaban para derribarme:* el hermano que ha dejado este mundo durante su peregrinación cristiana tuvo tentaciones, luchas, y un camino difícil; tomó su cruz como Jesucristo. *Empujaron y empujaron para derribarlo.* Pero al final salió victorioso, el Señor lo ayudó.

*Abridme las puertas del triunfo...* todo el final del salmo es como una visión llena de luz de la vida eterna que llega después de la oscuridad de la muerte.

## 10. CONCLUSIÓN

La muerte cristiana tiene ciertamente otras facetas o realidades además de la visión pascual o tránsito de este mundo al reino de Dios. La celebración de la muerte no es ciertamente la canonización del cristiano. Para los santos la Iglesia se reviste con colores de triunfo (blanco, rojo) para el hermano difunto el contexto es mucho más sobrio (vestiduras negras o moradas, sin flores en el altar...).

Los salmos 113 y 117 (junto con algunos cantos y oraciones) expresan el carácter pascual de la muerte; otros elementos incidirán en

12. Alternativamente, una semana en Laudes, la siguiente semana en la Hora menor.

otros matices: las súplicas de intercesión pidiendo el perdón de las diferencias de la vida del cristiano, el dolor de quienes lloran la desaparición de su presencia visible, la súplica por la plena manifestación de la vida (resurrección).

En otros tiempos el conjunto de la celebración se había ido deteriorando y la muerte del cristiano se distinguía bien poco de la de otros hombres. Primaba lo negro, lo oscuro, lo negativo. Por ello el Vaticano II, insistió en que la celebración manifestara mejor el matiz pascual de la muerte. Los salmos 113 y 117 son quizá los elementos más destacados del carácter pascual de esta celebración. Como dice el ritual de las exequias este carácter se ha de subrayar pero sin olvidar los otros matices como señala muy bien los *praenotanda* del ritual del Pablo VI:

La Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual, para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con Él a la vida eterna<sup>13</sup>. Pero hay otros matices (sufragio, consuelo y esperanza para los participantes). Por ello la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de la pascua de Cristo y reza y celebra sufragios por ellos de modo que... impetren para los difuntos el auxilio espiritual y para los demás el consuelo y la esperanza.

La importancia que reviste la celebración de las exequias es por tanto remarcable y hay que reconocer que incluso después de la promulgación del ritual de Pablo VI no todo discurre bien: entre las mayores deficiencias hay que numerar el poco subrayado que se da aún hoy a los dos salmos mayores 113 y 117.

Quisiéramos terminar esta Comunicación con una cita de la presentación que hizo el Cardenal D. Marcelo González, antiguo Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia a la 2.<sup>a</sup> edición del ritual de exequias para las diócesis de España:

Los salmos 113 y 117, que son, sin duda, los textos sálmicos mayores de la celebración de la muerte cristiana y los que dan a esta celebración su más claro sentido pascual. Estos dos salmos constituyeron, ya desde los orígenes, el núcleo de la celebración exequial pero dejaron de usarse, en casi todas partes, en los siglos XIII y XIV; aunque en España se conservaron, como los cantos típicos del entierro, por lo menos hasta el siglo XVI. Ahora, pues, con el relieve que el Ritual restituye a estos dos salmos, por una parte, se cumplirá la recomendación de los *Praenotanda* del Ritual, que exhorta a los pastores a que «procuren que sus co-

13. Este matiz se significa especialmente con los salmos 113 y 117.

munidades comprendan los salmos que se proponen para la liturgia exequial, por lo menos algunos de ellos», y, por otra el Ritual se sitúa en línea de continuidad con una de las más expresivas tradiciones de nuestra Iglesia particular, más fiel en este detalle que muchas otras que perdieron, antes que nosotros, esta importante expresión del sentido pascual de la muerte. Como, por otra parte, estos dos salmos, en la mayoría de los entierros, no resultará posible cantarlos, han sido como parafraseados en una letanía, para que no falte su contenido ni en las celebraciones más simples.